

Sermón Ocho. EL TIEMPO.

TEXTO: «Luego oí a un santo que hablaba, y otro santo preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, y de la prevaricación desoladora que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.» (Daniel 8:13, 14)

El texto es importante, o no estaría en la Biblia. El texto puede ser entendido; de lo contrario, no es una porción de la revelación de Dios al hombre. Lo que Dios ha revelado, Él lo ha diseñado para ser entendido. Es cierto que «las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios». No tenemos nada que ver con ellas. «Mas las cosas reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre.» (Deuteronomio 29:29)

El tiempo es revelado en las Sagradas Escrituras. El tiempo es importante, o no estaría en la Biblia. Clasificar los periodos proféticos como no esenciales es un insulto al Dios de la Biblia. Al dar una revelación al hombre, nuestro Dios bondadoso dio lo esencial y dejó lo no esencial fuera del libro.

El tiempo definido de la segunda venida de Cristo no está revelado en la Biblia. Este hecho, sin embargo, no le quita a los periodos proféticos ninguna de su importancia. Fueron diseñados para cumplir un propósito importante; y justo qué propósito, es el objetivo de este discurso mostrar.

Primero definiremos brevemente los términos empleados en el texto.

1. Los dos santos en conversación son Cristo y Gabriel.
2. La visión abarca los tres imperios de Persia, Grecia y Roma.
3. El sacrificio continuo y la transgresión desoladora representan a Roma en sus formas pagana y papal.
4. El santuario es el del nuevo pacto, o de la era cristiana, y está en el Cielo. Es el santuario del que Pablo habla en el libro de Hebreos.

5. El ejército son el verdadero pueblo de Dios, quienes dirigen su adoración al santuario celestial.

6. Tanto el santuario como el ejército son pisoteados en el mismo sentido en que los hombres ahora pisotean al Hijo de Dios. (Hebreos 10:29)

7. Los días son proféticos, lo que significa 2300 años, y su comienzo y terminación pueden ser definidos distintamente.

8. La purificación del santuario no es de inmundicia física, sino de los pecados del pueblo. Mucho puede aprenderse de la naturaleza de la purificación del santuario celestial al final de los 2300 días proféticos, por la manera en que el santuario típico era purificado el décimo día del séptimo mes de cada año.

Ahora examinaremos cada punto enunciado y daremos nuestras razones para las posturas adoptadas.

LOS DOS SANTOS

1. Los dos santos en conversación. El ángel seleccionado para instruir especialmente a Daniel, le dice, en el cap. 10:21: «No hay quien me ayude contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe». (Daniel 10:21) Judas, versículo 9, tiene la expresión: «Miguel arcángel». (Judas 9) Arcángel es la cabeza sobre los ángeles, así como arzobispo es cabeza sobre los obispos.

Pero ¿quién es el arcángel? El apóstol, en 1 Tesalonicenses 4:16, dice: «el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero». (1 Tesalonicenses 4:16) Y Juan 5:25, prueba que es la voz del Hijo de Dios la que despierta a los muertos a la vida: «los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán». (Juan 5:25) Estos textos prueban que Miguel es el Hijo de Dios. Por lo tanto, el Hijo de Dios era uno de los dos seres celestiales. Y como solo dos estaban ocupados en revelar a Daniel los grandes hechos de la visión, el ángel Gabriel, mencionado en el capítulo 8:16; 9:21, es el otro ser celestial. ¡Cuán hermosamente grandiosa la escena! ¡El Hijo de Dios y el ángel Gabriel en conversación! Uno pregunta al otro: «¿Hasta cuándo durará la visión?»

concerniente a Persia, Grecia y Roma. El otro dirige la respuesta al profeta: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.» (Daniel 8:14)

LA VISIÓN

2. La visión se relaciona con lo que el profeta vio respecto a Media y Persia, Grecia y Roma, según se registra en el capítulo ocho de Daniel.

Versículos 1, 2: «En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había aparecido al principio. Vi en visión, y sucedió que cuando la vi, yo estaba en Susa, capital del reino, que está en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai.» (Daniel 8:1-2)

En estos versículos el término, «una visión», se menciona tres veces. Refiriéndose a lo mismo en el versículo 13, se pregunta: «¿Hasta cuándo durará la visión?» El Hijo de Dios, en el versículo 16, le ordena a Gabriel que haga a Daniel «entender la visión». (Daniel 8:16) Y Daniel dice al final de su oración, en el capítulo 9: «Estando aún hablando en oración, aquel varón Gabriel, a quien había visto en visión al principio». (Daniel 9:21) Esta visión la consideraremos ahora.

Versículos 3, 4: «Alcé mis ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro, y el más alto subió al último. Vi al carnero que hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y ninguna bestia podía estar delante de él, ni había quien escapase de su poder; y hacía conforme a su voluntad, y se engrandeció.» (Daniel 8:3-4) El símbolo del carnero se explica en el versículo 20: —

«El carnero que viste, que tenía dos cuernos, son los reyes de Media y de Persia.» (Daniel 8:20) Esta visión no comienza con el imperio de Babilonia, representado por la cabeza de oro en el capítulo 2, y el león del capítulo 7. Comienza con el imperio de Media y Persia, en la cima de su poder, prevaleciendo al poniente, al norte y al sur, de modo que ningún poder podía oponérsele. Los

dos cuernos del carnero denotan la unión de estas dos potencias en un solo gobierno. Compárese esto con los brazos de la imagen metálica del capítulo 2, y el oso que se levanta de un lado, del capítulo 7.

Versículos 5-8: «Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en pie delante del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se enfureció contra él, y hirió al carnero, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para oponérsele; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó; y no hubo quien librase al carnero de su mano. Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.» (Daniel 8:5-8) El símbolo del macho cabrío se explica así: —

«Y el macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero. Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de aquella nación, aunque no con la fuerza de él.» (Daniel 8:21, 22) La explicación de este símbolo es también definida y cierta. El poder que derrocaría a los medos y persas, y en su lugar gobernaría la tierra, es el imperio de los griegos. Grecia sucedió a Persia en el dominio del mundo en 331 a.C. El gran cuerno se explica aquí como el primer rey de Grecia, que fue Alejandro Magno. Los cuatro cuernos que surgieron cuando este cuerno fue quebrado, denotan los cuatro reinos en que se dividió el imperio de Alejandro después de su muerte. Lo mismo está representado por el leopardo con cuatro cabezas y cuatro alas, del capítulo 7, y por los costados de bronce de la imagen metálica del capítulo 2. Se predice sin el uso de símbolos en Daniel 11:3, 4. Estos cuatro reinos fueron Macedonia, Tracia, Siria y Egipto. Se originaron alrededor del 312 a.C.

Versículos 9-12: «Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, que se hizo muy grande al sur, al oriente, y hacia la tierra gloriosa. Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y echó por tierra parte del ejército y de las estrellas, y las

pisoteó. Aun se engrandeció contra el Príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el sacrificio continuo, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el sacrificio continuo; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó.» (Daniel 8:9-12) En los versículos 23-25, el símbolo del cuerno pequeño se explica así: —

«Y al fin del reinado de estos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y destruirá maravillosamente, y prosperará, y hará a su voluntad, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Y con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y con paz destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes; pero será quebrantado, aunque no por mano humana.» (Daniel 8:23-25)

Para evitar la aplicación de esta profecía al poder romano, pagano y papal, los papistas la han cambiado de Roma a Antíoco Epífanes, un rey sirio que no pudo resistir los mandatos de Roma. Véanse las notas de la Biblia de Douay (Católica Romana) sobre Daniel 7;8;11. Esta aplicación la hacen los papistas para salvar a su iglesia de cualquier participación en el cumplimiento de la profecía; y en esto han sido seguidos por la mayoría de los que se han opuesto a la fe Adventista. Los siguientes hechos demuestran que el cuerno pequeño no fue Antíoco: —

(1) Los cuatro reinos en que se dividió el dominio de Alejandro están simbolizados por los cuatro cuernos del macho cabrío. Ahora bien, este Antíoco fue solo uno de los veinticinco reyes que constituyeron el cuerno sirio. ¿Cómo, entonces, podría ser él, al mismo tiempo, otro cuerno notable?

(2) El carnero, según esta visión, se hizo grande; el macho cabrío se hizo muy grande; pero el cuerno pequeño se hizo sobremanera grande. Cuán absurda es la siguiente aplicación de esta comparación: —

GRANDE. MUY GRANDE. SOBREMNERA

Persia. GRECIA. ANTÍOCO.

GRANDE. MUY GRANDE. SOBREMNERA

Persia. GRECIA. Roma.

(3) El imperio Medo-Persa simplemente se llama GRANDE. Versículo 4. La Biblia nos informa que se extendía «desde la India hasta Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias». (Ester 1:1) A este le sucedió el poder griego, que se llama MUY GRANDE. Versículo 8. Luego viene el poder en cuestión, que se llama SOBREMNERA GRANDE. Versículo 9. ¿Fue Antíoco sobremnera grande en comparación con Alejandro, el conquistador del mundo? Que un artículo de la Enciclopedia del Conocimiento Religioso responda: —

«Al encontrar agotados sus recursos, resolvió ir a Persia, para cobrar tributos y recolectar grandes sumas que había acordado pagar a los romanos.» Ciertamente, no necesitamos cuestionar cuál era sobremnera grande, el poder romano que exigía el tributo, o Antíoco que se vio obligado a pagarlo.

(4) El poder en cuestión fue pequeño al principio, pero se hizo, o creció, «sobremnera grande al sur, al oriente, y hacia la tierra gloriosa». (Daniel 8:9) ¿Qué puede describir esto sino las marchas conquistadoras de un poder poderoso? Roma estaba casi directamente al noroeste de Jerusalén, y sus conquistas en Asia y África fueron, por supuesto, hacia el este y el sur; pero ¿dónde estaban las conquistas de Antíoco? Él entró en posesión de un reino ya establecido, y Sir Isaac Newton dice: «Él no lo amplió».

(5) De muchas razones que podrían añadirse a las anteriores, nombramos solo una: Este poder debía levantarse contra el Príncipe de príncipes. Versículo 25. El Príncipe de príncipes es Jesucristo. (Apocalipsis 1:5; 17:14; 19:16) Pero Antíoco murió 164 años antes de que nuestro Señor naciera. Queda establecido, por lo tanto, que otro poder es el tema de esta profecía. Los siguientes hechos demuestran que Roma es el poder en cuestión: —

(1) Este poder debía surgir de uno de los cuatro reinos del imperio de Alejandro. Recordemos que las naciones no entran en la profecía hasta que se conectan con el pueblo de Dios. Roma había existido muchos años antes de ser notada en la profecía; y Roma había hecho de Macedonia, uno de los cuatro

cuernos del macho cabrío griego, parte de sí misma en 168 a.C., unos siete años antes de su primera conexión con el pueblo de Dios. Véase 1 Mac. 8. De modo que de Roma podría decirse tan verdaderamente que estaba «fuera de uno de ellos», como de los diez cuernos de la cuarta bestia en el séptimo capítulo podría decirse que salieron de esa bestia, cuando eran diez reinos establecidos por los conquistadores de Roma.

(2) Debía crecer sobremanera grande hacia el sur, y hacia el este, y hacia la tierra gloriosa (Palestina. Salmos 106:24; Zacarías 7:14). Esto fue cierto de Roma en todos los aspectos. Testigo sus conquistas en África y Asia, y su derrocamiento del lugar y la nación de los judíos. (Juan 11:48)

(3) Debía echar por tierra parte del ejército y de las estrellas. Esto se predice respecto al dragón. (Apocalipsis 12:3, 4) Todos admiten que el dragón es Roma. ¿Quién puede dejar de ver la identidad del dragón y el cuerno pequeño?

(4) Roma fue enfáticamente un rey de rostro altivo, y uno que entendía enigmas. Moisés usó un lenguaje similar cuando, como todos concuerdan, predijo el poder romano. (Deuteronomio 28:49, 50)

(5) Roma destruyó maravillosamente. Testigo su derrocamiento de todos los poderes opuestos.

(6) Roma había destruido más de «los fuertes y al pueblo de los santos», que todos los demás poderes perseguidores combinados. De cincuenta a cien millones de la iglesia han sido masacrados por ella.

(7) Roma se levantó contra el Príncipe de príncipes. El poder romano clavó a Jesucristo en la cruz. (Hechos 4:26, 27; Mateo 27:2; Apocalipsis 12:4)

(8) Este poder será «quebrantado, aunque no por mano humana». (Daniel 8:25) Cuán clara la referencia a la piedra «no cortada con mano», (Daniel 2:34) que hirió a la imagen. Su destrucción, entonces, no ocurre hasta el derrocamiento final de los poderes terrenales. Estos hechos son prueba concluyente de que Roma es el tema de esta profecía. El campo de visión, entonces, son los imperios de Persia, Grecia y Roma.

LAS DOS DESOLACIONES

3. El sacrificio continuo y la transgresión desoladora representan a Roma en sus formas pagana y papal. Omitiendo las palabras añadidas, el texto diría: «El continuo, y la transgresión desoladora». (Daniel 8:13) Estos son dos poderes desoladores; primero, el paganismo, luego, el papado. De estos, Pablo, en 2 Tesalonicenses 2:3-8, dice: «Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida.» (2 Tesalonicenses 2:3-8) Lo que detuvo la manifestación del papado en los días de Pablo fue el paganismo. Estos son los dos poderes que han desolado al pueblo de Dios, de los cuales habla el ángel en la visión de Daniel 8.

EL SANTUARIO

4. El santuario. La definición de la palabra santuario es: «Un lugar santo.» — Walker. «Un lugar sagrado.» — Webster. «Un lugar santo o santificado, una morada del Altísimo.» — Cruden. «Una morada para Dios.» (Éxodo 25:8) La tierra no es el santuario. Desde que el hombre abandonó el Edén a causa de la transgresión, la tierra, o cualquier porción de ella, no ha sido un lugar santo, un lugar sagrado, la morada del Altísimo. La palabra santuario se usa ciento cuarenta y seis veces en la Biblia, y no se aplica a la tierra en una sola instancia.

La iglesia no es el santuario. La Biblia nunca llama a la iglesia el santuario. Pero si un solo texto pudiera citarse para probar que la iglesia es llamada el santuario, el siguiente hecho claro probaría más allá de toda controversia que la

iglesia no es el santuario que ha de ser purificado al final de los 2300 días. La iglesia está representada en Daniel 8:13 por la palabra *hueste*: «para dar tanto el santuario como la hueste para ser pisoteados» (Daniel 8:13). La iglesia y el santuario son dos cosas. La iglesia es la hueste, o los adoradores, y el santuario es el lugar de adoración, o el lugar hacia el cual se dirige la adoración.

La tierra de Canaán no es el santuario. De las ciento cuarenta y seis veces en que la palabra *santuario* aparece en la Biblia, solo dos o tres textos han sido presentados, con cierto grado de confianza, como refiriéndose a la tierra de Canaán. Sin embargo, por extraño que parezca, los hombres han afirmado que el supuesto significado de estos dos o tres textos debería determinar la significación de la palabra en Daniel 8:13, 14, ien contra del claro testimonio de más de cien textos! Pues nadie puede negar que en casi todas las instancias en que la palabra aparece, se refiere directamente al tabernáculo típico, o bien al verdadero, del cual aquel era solo la figura o el modelo. Pero ahora inquirimos si los dos o tres textos en cuestión aplican realmente la palabra *santuario* a la tierra de Canaán. Dicen lo siguiente: «Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar, oh Jehová, que tú has preparado para tu morada; en el santuario, oh Jehová, que tus manos han afirmado» (Éxodo 15:17). «Y los guio con seguridad, de modo que no tuvieron temor; pero el mar anegó a sus enemigos. Los trajo a la frontera de su santuario, incluso a este monte, que su diestra había adquirido». «Y edificó su santuario como altos palacios, como la tierra que ha establecido para siempre» (Salmos 78:53, 54, 69).

El primero de estos textos, se notará, está tomado del cántico de Moisés, después del paso del Mar Rojo. Es una predicción de lo que Dios haría por Israel. El segundo texto fue escrito unos quinientos años después del cántico de Moisés. Lo que Moisés pronuncia como una predicción, el salmista lo registra como un asunto histórico. Por lo tanto, el salmo es un comentario inspirado sobre el cántico de Moisés. Si el primer texto se lee sin el otro, se podría inferir que la montaña era el santuario, aunque no lo afirma directamente.

Pero si el segundo texto se lee en conexión con el primero, destruye la posibilidad de tal inferencia. El salmista afirma que el monte de la heredad era el

límite del santuario; y que Dios, después de expulsar a los gentiles delante de su pueblo, procedió a edificar su santuario como altos palacios. Véase 1 Crónicas 29:1.

(1) La tierra de Canaán era el monte de la heredad (Éxodo 15:17).

(2) Ese monte era el límite del santuario (Salmos 78:54).

(3) En ese límite edificó Dios su santuario (Salmos 78:69).

(4) En ese santuario, Dios moró, por medio de su representante, la gloriosa Shekinah (Salmos 74:7; Éxodo 25:8).

(5) En ese límite moró el pueblo (Salmos 78:54, 55).

Estos hechos demuestran que el mismo Espíritu movió a ambos hombres santos de la antigüedad. Estos textos armonizan perfectamente, no solo entre sí, sino con todo el testimonio de la Biblia respecto al santuario. Si el lector persiste en confundir el santuario con su límite, la tierra de Canaán, le rogamus que escuche mientras un rey de Judá señala la distinción: —

«¿No eres tú nuestro Dios, que echaste a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham, tu amigo, para siempre? Y habitaron en ella, y te han edificado en ella un santuario a tu nombre, diciendo: Si viniere sobre nosotros mal, como espada, o juicio, o pestilencia, o hambre, nos presentaremos delante de esta casa, y en tu presencia (porque tu nombre está en esta casa), y a ti clamaremos en nuestra aflicción, y tú oirás y socorrerás» (2 Crónicas 20:7-9). Este lenguaje es un paralelo perfecto al de Salmos 78:54, 55, 69. De la manera más clara señala la distinción entre la tierra de Canaán y el santuario que fue edificado en ella; y enseña claramente que ese santuario era la casa erigida como la habitación de Dios.

Pero hay otro texto por el cual algunos intentan probar que Canaán es el santuario. «Por poco tiempo la poseyó el pueblo de tu santidad; nuestros adversarios han hollado tu santuario» (Isaías 63:18). Nadie lo ofrece como testimonio directo. Como es solo una inferencia, bastan unas pocas palabras.

(1) Cuando el pueblo de la santidad de Dios fue expulsado de la tierra de Canaán (como aquí predice el profeta, que usa el tiempo pasado para el futuro), no solo fueron desposeídos de su heredad, sino que el santuario de Dios, edificado en esa tierra, fue reducido a ruinas. Esto se declara claramente en 2 Crónicas 36:17-20.

(2) El siguiente capítulo testimonia que el profeta tuvo una visión de la destrucción del santuario de Dios, como se afirma en el texto citado de 2 Crónicas. Esto explica todo el asunto (Isaías 64:10, 11; Salmos 74:3, 7; 79:1).

Un cuarto texto puede presentarse a algunas mentes como prueba concluyente de que Canaán es el santuario. Lo presentamos, ya que es el único restante que se ha invocado en apoyo de esta opinión. «La gloria del Líbano vendrá a ti, abetos, pinos y bojés, para embellecer el lugar de mi santuario; y haré glorioso el lugar de mis pies» (Isaías 60:13). Este texto necesita poco comentario. El lugar del santuario de Dios, lo admitimos, es la tierra de Canaán, o la nueva tierra; pues Isaías se refiere al estado glorificado. Y como Dios ha prometido establecer su santuario en ese lugar (Ezequiel 37:25-28), el significado del texto es perfectamente claro. Pero si alguien aún afirma que el lugar del santuario es el santuario mismo, que note que el mismo texto llama a ese mismo “lugar” el lugar de los pies del Señor; y por lo tanto, ¡el mismo principio haría de la tierra de Canaán los pies del Señor! La opinión de que Canaán es el santuario es demasiado absurda para necesitar mayor atención. E incluso si fuera un santuario, ni siquiera entonces sería el santuario de Daniel; pues el profeta tenía su vista puesta en la morada de Dios (Daniel 9). Canaán era solo el lugar del santuario o habitación de Dios.

El santuario que ha de ser purificado al término de los 2300 días proféticos, o, como mostraremos, años, no es el santuario del primer pacto (Hebreos 9:1-7). Este santuario existe al final de los 2300 días, mientras que aquel desapareció con el primer pacto. El santuario de Daniel 9, entonces, es el tabernáculo mayor y más perfecto, no hecho de manos (Hebreos 9:11). El santuario del primer pacto era un tipo de este. En el capítulo 8:1, 2, el apóstol dice: —

«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre» (Hebreos 8:1, 2). El hombre levantó el típico en la tierra; el Señor levantó el antitípico en el Cielo. Los sacerdotes judíos ministraban en el terrenal; Cristo ministra en el celestial. El santuario terrenal era purificado de los pecados del pueblo el último día de cada servicio anual de los judíos; el celestial es purificado de los pecados del pueblo, una vez por todas, al final de los 2300 días. Pero de la purificación de este santuario hablaremos más adelante.

LA HUESTE

5. La hueste. Solo tenemos que decir sobre este punto que la hueste abarca a todo el pueblo de Dios que dirige su adoración al santuario celestial donde ministra su gran Sumo Sacerdote.

PISOTEADO

6. El santuario y la hueste pisoteados. Los agentes por los cuales el santuario y la hueste son pisoteados son la desolación diaria, o continua, y la transgresión, o abominación, desoladora (Daniel 8:13; 11:31; 12:11). Estas dos desolaciones, como ya hemos visto, son el paganismo y el papado. A menudo se argumenta, como argumento suficiente contra la visión del santuario de Dios en el Cielo, que tal santuario no es susceptible de ser pisoteado. Pero esto no debe considerarse imposible, cuando el Nuevo Testamento nos muestra que los apóstatas pisotean al Ministro del santuario celestial, nuestro Señor Jesucristo (Hebreos 10:29; 8:1, 2). Si pueden pisotear al Ministro de ese santuario, pueden pisotear el santuario mismo. No es imposible que la desolación pagana y papal se represente como pisoteando el santuario celestial, cuando la misma visión representa al cuerno pequeño pisoteando las estrellas (Daniel 8:10), y cuando se predice expresamente que el poder papal haría guerra contra el tabernáculo de Dios en el Cielo (Apocalipsis 13:5-7). El lenguaje de esta visión, de que estos poderes blasfemos

derribarían la verdad por tierra, pisotearían las estrellas y pisotearían el santuario y la hueste, es ciertamente figurado, ya que de lo contrario implicaría completas absurdidades.

Tracemos ahora brevemente la manera en que Satanás, por medio del paganismo y el papado, ha pisoteado el santuario del Señor. Ya hemos visto que lo ha hecho erigiendo santuarios rivales, donde, en lugar del único Dios viviente y verdadero, ha establecido «dioses nuevos, venidos de cerca» (Deuteronomio 32:16, 17). En los días de los jueces y de Samuel, el santuario rival de Satanás era el templo de Dagón, donde adoraban los filisteos (Jueces 16:23, 24). Y cuando tomaron el arca de Dios de Israel, los filisteos la depositaron en este templo (1 Samuel 5). Después de que Salomón erigiera un glorioso santuario en el Monte Moriah, Jeroboam, quien hizo pecar a Israel, erigió un santuario rival en Betel, y así apartó a diez de las doce tribus de la adoración al Dios viviente, para adorar a los becerros de oro (1 Reyes 12:26-33; Amós 7:13, *margen*). En los días de Nabucodonosor, el rival del santuario de Dios era el templo del dios de Nabucodonosor en Babilonia. Y a este templo llevó los vasos del santuario del Señor, cuando lo asoló (Daniel 1:2; Esdras 1:7; 5:14; 2 Crónicas 36:7). En un período aún posterior, Satanás estableció en Roma un templo o santuario de todos los dioses (Daniel 8:11; 11:31).

Después de que el santuario típico del primer pacto diera paso al verdadero santuario de Dios, Satanás bautizó su santuario pagano y sus ritos y ceremonias gentiles, llamándolos cristianismo. De ahí en adelante, tuvo en Roma un «templo de Dios», y en ese templo a un ser exaltado «sobre todo lo que se llama Dios o que se adora» (2 Tesalonicenses 2:4). Y esta abominación papal ha pisoteado la ciudad santa (Apocalipsis 11:2; 21:2), persuadiendo a una gran parte de la familia humana de que Roma, el lugar de este templo de Dios falsificado, es la “ciudad santa” o la “ciudad eterna”. Y ha pisoteado y blasfemado el santuario o tabernáculo de Dios (Apocalipsis 13:6; Hebreos 8:2), llamando a su propio santuario el templo de Dios, y apartando la adoración de los que moran en la tierra del templo de Dios en el Cielo al santuario de Satanás en Roma.

Ha pisoteado al Hijo de Dios, el ministro del santuario celestial (Hebreos 10:29; 8:2), haciendo del papa la cabeza de la iglesia, en lugar de Jesucristo (Efesios 5:23), y llevando a los hombres a la adoración de ese hijo de perdicción, como uno capaz de perdonar pecados pasados y de conferir el derecho a cometerlos en el futuro, y así apartando a los hombres de Aquel que solo tiene poder en la tierra para perdonar pecados, y para perdonar iniquidad y transgresión. Tal ha sido la naturaleza de la guerra que Satanás ha mantenido contra el santuario y la causa de Dios, en sus vanos intentos de frustrar el gran plan de redención que Dios ha estado llevando a cabo en su santuario.

LOS DOS MIL TRESCIENTOS DÍAS

7. Los dos mil trescientos días. Volveremos ahora a

Versículos 13, 14: «Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio y la transgresión asoladora, para dar tanto el santuario como la hueste para ser pisoteados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:13, 14).

A continuación, Gabriel recibe la orden de explicar la visión al profeta.

Versículos 15-19: «Y aconteció que, mientras yo, Daniel, veía la visión y procuraba comprenderla, he aquí, se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: Gabriel, haz que este entienda la visión. Vino, pues, cerca de donde yo estaba; y cuando vino, me asusté y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin. Mientras él hablaba conmigo, yo estaba en un profundo sueño, postrado sobre mi rostro en tierra; pero me tocó y me puso en pie. Y dijo: He aquí, yo te haré saber lo que ha de suceder en el postrer tiempo de la ira; porque para el tiempo señalado será el fin» (Daniel 8:15-19).

En los versículos restantes del capítulo 8, el ángel explicó el significado del carnero, el macho cabrío y el cuerno pequeño. Pero no dio ninguna explicación

del *tiempo* en este capítulo. La visión abarca Persia, Grecia y Roma. Y es evidente que dos mil trescientos días literales no podrían cubrir la duración de uno de estos reinos, mucho menos la de los tres. Por lo tanto, los días deben ser simbólicos, un día por un año, así como se muestra que las bestias y los cuernos son símbolos. Y es un hecho que un día simbólico o profético es un año (Números 14:34; Ezequiel 4:5, 6). Por lo tanto, el período es de dos mil trescientos años.

Pero el ángel no explicó el tiempo en el capítulo 8. Y, al final del capítulo, el profeta dice: «Yo quedé asombrado de la visión, pero ninguno la entendía» (Daniel 8:27). Fue solo el *tiempo* lo que no entendió, ya que todo lo demás había sido explicado en ese capítulo. Pero Gabriel sí explicó el tiempo en el capítulo 9; de modo que en el primer versículo del capítulo 10, dice que «entendió la cosa, y tuvo inteligencia de la visión» (Daniel 10:1). Este entendimiento, por lo tanto, lo recibió en el capítulo 9.

Este capítulo comienza con la oración fervorosa e importuna del profeta, de cuya lectura es evidente que había malinterpretado hasta ese momento la visión del capítulo 8, concluyendo que los dos mil trescientos días de pisoteo del santuario terminarían con los setenta años de desolación de la ciudad y el santuario, predichos por Jeremías. Compárese los versículos 1, 2, con los versículos 16, 17. Gabriel es ahora enviado para desengañarlo y para completar la explicación de la visión. «Mientras yo aún hablaba en oración», dice Daniel, «el varón Gabriel, a quien yo había visto en la visión al principio [aquí nos remite al capítulo 8:15, 16], volando con presteza, me tocó como a la hora de la ofrenda de la tarde. Y me instruyó, y habló conmigo, y dijo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus súplicas salió la orden, y yo he venido para enseñártelo, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y comprende la visión» (Daniel 9:21-23).

Nótese estos hechos: (1) En el versículo 21, Daniel nos remite a la visión del capítulo 8. (2) En el versículo 22, Gabriel afirma que ha venido para dar a Daniel sabiduría y entendimiento. Siendo este el objetivo de la misión de Gabriel, Daniel, que al final del capítulo 8 no entendió la visión, puede, antes de que Gabriel lo deje, entender plenamente su significado. (3) Como Daniel testifica al

final del capítulo 8 que nadie entendió la visión, es cierto que el encargo dado a Gabriel, «Haz que este entienda la visión» (Daniel 8:16), aún recaía sobre él. De ahí que le diga a Daniel: «Ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento» (Daniel 9:22); y en el versículo 23, le pide que «entienda la orden, y comprenda la visión» (Daniel 9:23). Esta es una prueba innegable de que la misión de Gabriel en el capítulo 9 tenía como propósito explicar lo que omitió en el capítulo 8. Si alguien pide más evidencia, el hecho de que Gabriel proceda a explicar el punto en cuestión, satisface plenamente la demanda.

Versículos 24-27: «Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, y traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las desolaciones. Y por una semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después, con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador» (Daniel 9:24-27).

Estos hechos deben tenerse en cuenta: (1) La palabra traducida *determinadas*, en el versículo 24, significa literalmente *cortadas*. (2) La visión que Gabriel vino a explicar contenía el período de 2300 días; y en su explicación nos dice que setenta semanas han sido *cortadas* sobre Jerusalén y los judíos. Por lo tanto, las setenta semanas son una parte de los 2300 días. De ahí que el comienzo de las setenta semanas sea la fecha de los 2300 días. Y el hecho de que las setenta semanas se cumplieran en los 490 años, como todos admiten, es una demostración de que los 2300 días, de los cuales se *cortó* este período de 490 días, son 2300 años.

La fecha angelical de las setenta semanas reclama ahora nuestra atención. La fecha para el comienzo de las semanas es dada por Gabriel: «Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos» (Daniel 9:25).

Presentamos el siguiente testimonio importante del *Advent Herald*. Es una vindicación tranquila y desapasionada de las fechas, que las establece fuera de toda disputa. Fue escrito en el año 1850 y, en consecuencia, no se puede suponer que se haya dado con el deseo de probar que los días terminaron en 1844, ya que el *Herald* no está dispuesto a admitir ese hecho. Por lo tanto, debe considerarse un testimonio franco y honorable de hechos importantes. Que demuele toda opinión que se ha presentado para reajustar los 2300 días, nadie que pueda apreciar la fuerza de los argumentos presentados dejará de percibir: —

«La Biblia proporciona los datos para un sistema completo de cronología, que se extiende desde la creación hasta el nacimiento de Ciro, una fecha claramente establecida. Desde este período en adelante, tenemos el Canon indiscutido de Ptolomeo y la era indudable de Nabonasar, que se extiende más allá de nuestra era vulgar. En el punto donde la cronología inspirada nos deja, comienza este Canon de indudable exactitud. Y así se abarca todo el arco. Es por el Canon de Ptolomeo que se fija el gran período profético de setenta semanas. Este Canon sitúa el séptimo año de Artajerjes en el año 457 a.C.; y la exactitud del Canon se demuestra por el acuerdo concurrente de más de veinte eclipses. Las setenta semanas datan de la promulgación de un decreto relativo a la restauración de Jerusalén. No hubo decretos entre los años séptimo y vigésimo de Artajerjes. Cuatrocientos noventa años, comenzando con el séptimo, deben comenzar en el 457 a.C. y terminar en el 34 d.C. Comenzando en el vigésimo, deben comenzar en el 444 a.C. y terminar en el 47 d.C. Como ningún evento ocurrió en el 47 d.C. para marcar su terminación, no podemos contar desde el vigésimo; por lo tanto, debemos considerar el séptimo de Artajerjes. Esta fecha no podemos cambiarla del 457 a.C. sin antes demostrar la inexactitud del Canon de Ptolomeo. Para hacer esto, sería necesario mostrar que el gran número de eclipses por los cuales su

exactitud ha sido repetidamente demostrada, no han sido correctamente calculados; y tal resultado desestabilizaría cada fecha cronológica y dejaría el establecimiento de épocas y el ajuste de eras enteramente a merced de cada soñador, de modo que la cronología no tendría más valor que una mera conjetura. Como las setenta semanas deben terminar en el 34 d.C., a menos que el séptimo de Artajerjes esté mal fijado, y como eso no se puede cambiar sin alguna evidencia al respecto, preguntamos: ¿Qué evidencia marcó esa terminación? El momento en que los apóstoles se volvieron a los gentiles armoniza con esa fecha mejor que cualquier otra que se haya nombrado. Y la crucifixión, en el 31 d.C., en medio de la última semana, está sostenida por una masa de testimonios que no puede ser fácilmente invalidada.» — *Advent Herald*, 2 de marzo de 1850.

Sesenta y nueve de las setenta semanas debían extenderse hasta el Mesías Príncipe. Sesenta y nueve semanas de años son 483 años. Comenzando estas con el séptimo año de Artajerjes, se extienden hasta el 26-27 d.C. La palabra *Mesías* significa *el Ungido* (Juan 1:41, *margen*). El Salvador fue ungido en su bautismo. Compárese (Hechos 10:37, 38; Marcos 1:10; Lucas 4:18).

Después de ser así ungido, fue a Galilea, predicando el evangelio del reino de Dios y diciendo: «El tiempo se ha cumplido» (Marcos 1:14, 15). El tiempo entonces cumplido no podía ser otro período que las sesenta y nueve semanas, pues ese debía alcanzar hasta el Mesías, o el Ungido. Las sesenta y nueve semanas, contadas desde el séptimo año de Artajerjes, según lo fijan los cálculos astronómicos, terminarían en el 26-27 d.C.; y el 27 d.C. encontramos que es el punto preciso en el tiempo en que el Salvador debe haber tenido «como treinta años» (Lucas 3:23) de edad, cuando fue bautizado por Juan y declaró que el tiempo se había cumplido.

El decreto al que se refiere Daniel 9, del cual se datan las setenta semanas, es el del séptimo año de Artajerjes (Esdras 7). De hecho, hablando propiamente, no hubo decreto en su vigésimo año; pues al recurrir a (Nehemías 2:18), se verá que cuando Nehemías llegó a Jerusalén no tenía nada con qué incitar a los judíos a la acción, excepto relatarles las buenas palabras que el rey le había dicho. Así,

Nehemías tuvo un mero permiso verbal para restaurar la ciudad de Jerusalén. Pero tal permiso verbal no constituye un decreto persa; pues en (Daniel 6:8), aprendemos que debe ser un documento escrito, firmado por el rey. Pero trece años antes del permiso de Nehemías para subir a Jerusalén, tal decreto había sido dado a Esdras en el séptimo año de Artajerjes. Respecto a este decreto, el profesor Whiting comenta: —

«Se nos informa en Esdras 7:11: ‘Esta es la copia de la carta que el rey Artajerjes dio a Esdras el sacerdote, escriba, escriba de las palabras de los mandamientos de Jehová y de sus estatutos a Israel’. La carta sigue luego, escrita no en hebreo, sino en caldeo (o arameo oriental), el idioma que se usaba entonces en Babilonia. En el versículo 27, la narración continúa en hebreo. Así se nos proporciona el documento original, en virtud del cual Esdras fue autorizado a ‘restaurar y edificar Jerusalén’, o, en otras palabras, por el cual fue investido de poder, no meramente para erigir muros o casas, sino para regular los asuntos de sus compatriotas en general, para ‘poner magistrados y jueces que juzguen a todo el pueblo que está al otro lado del río’.»

Que Esdras entendió que se le confirió poder a él y al pueblo de Israel para reconstruir la plaza y el muro de Jerusalén, es cierto por su propio testimonio, registrado en el capítulo 9:9: «Porque siervos somos; mas en nuestra servidumbre no nos ha desamparado nuestro Dios, sino que nos ha dado misericordia delante de los reyes de Persia, para darnos vida para levantar la casa de nuestro Dios y restaurar sus ruinas, y para darnos muro en Judá y en Jerusalén» (Esdras 9:9).

El séptimo año de Artajerjes, del cual se fecha el decreto, está fijado sin discusión en el 457 a.C. El comienzo del ministerio de Cristo, en el 27 d.C., fue exactamente sesenta y nueve semanas, o 483 días proféticos, después del decreto del 457 a.C. La crucifixión en medio de la semana ocurrió en la primavera del 31 d.C., solo tres años y medio después del comienzo del ministerio de Cristo. Los tres años y medio restantes de la septuagésima semana terminaron en el otoño del 34 d.C. Aquí las setenta semanas, que habían sido *cortadas* para los judíos, en las que debían «acabar la prevaricación» (Daniel 9:24), cierran con el acto del

Sanedrín judío al rechazar formalmente a Cristo persiguiendo a sus discípulos; y Dios da al gran apóstol a los gentiles su comisión hacia ellos (Hechos 9).

Los primeros tres años y medio de la septuagésima semana terminaron en el primer mes judío (abril) en la primavera del 31 d.C. Los tres años y medio restantes terminarían, por lo tanto, en el séptimo mes, otoño, del 34 d.C. Aquí termina el gran período que Gabriel, al explicar los 2300 días a Daniel, le dice que fue *cortado* sobre Jerusalén y los judíos. Su comienzo, fechas intermedias y terminación final están plenamente establecidos. Queda, entonces, señalar este gran hecho: Los primeros 490 años de los 2300 terminaron en el séptimo mes, otoño, del 34 d.C. Si a este período de 490 años, que se *cortó* de los 2300, le restamos 1810 años, un período de 1810 años permanece. Este período de 1810 años, sumado al séptimo mes, otoño del 34 d.C., nos lleva al séptimo mes, otoño de 1844.

Volvamos ahora a los eventos relacionados con el gran movimiento adventista de 1843 y 1844. Antes del año 1843, la evidencia sobre la promulgación del decreto en el 457 a.C. había sido expuesta clara y fielmente. Y como el período de 457 años antes de Cristo, restado de los 2300, dejaría solo 1843 años después de Cristo, el fin de los 2300 años se esperaba con confianza en 1843. Pero si los 2300 años comenzaron con el inicio del 457 a.C., no terminarían hasta el último día del 1843 d.C., ya que se requerirían todos los 457 y todos los 1843 para sumar 2300 años completos.

Pero hacia finales de 1843 se vio claramente que, como la crucifixión ocurrió en medio de la semana, en la primavera del 31 d.C., el resto de la septuagésima semana, es decir, tres años y medio, terminaría en el otoño del 34 d.C. Y como las primeras siete semanas de las setenta marcan el tiempo de la obra de restaurar y edificar Jerusalén en tiempos angustiosos, el gran período debe comenzar con el inicio de la obra de restaurar y edificar, que no comenzó en la primavera, en el primer mes, cuando Esdras partió de Babilonia, sino después de haber llegado a Jerusalén, en el otoño, probablemente en el séptimo mes. «Porque el primer día del primer mes fue cuando partió de Babilonia, y el primer día del mes quinto llegó a Jerusalén» (Esdras 7:9). Esto daría dos meses para las preparaciones

necesarias para que la obra de restaurar y edificar comenzara en el séptimo mes, inmediatamente después del gran día de la expiación.

Cuando se vio que solo habían transcurrido 456 años y una fracción antes de Cristo, se comprendió de inmediato que se requerían 1843 años, y una parte de 1844 suficiente para completar un año entero al unirse a esa fracción, para sumar 2300 años completos. En otras palabras, los 2300 días en tiempo completo, expirarían en el séptimo mes de 1844. Y si tomamos en cuenta el hecho de que la mitad de la septuagésima semana fue el decimocuarto día del primer mes, y que, en consecuencia, el final de las setenta semanas debe haber sido en un punto correspondiente del séptimo mes, 34 d.C., percibimos de inmediato que el resto de los 2300 días terminaría aproximadamente en ese punto del séptimo mes de 1844.

Con este gran hecho ante nosotros, de que los 2300 días de Daniel, que llegaban hasta la purificación del santuario, terminarían en ese momento, y también con la luz de los tipos, de que el sumo sacerdote en «la figura y sombra de las cosas celestiales» (Hebreos 8:5), el décimo día del séptimo mes, entraba dentro del segundo velo para purificar el santuario, esperábamos con confianza el advenimiento de nuestro Redentor en el séptimo mes de 1844. La profecía decía: «Entonces el santuario será purificado» (Daniel 8:14). El tipo decía que en esa estación del año el sumo sacerdote debía pasar del lugar santo del tabernáculo terrenal al santísimo, para purificar el santuario (Levítico 16).

Con estos hechos ante nosotros, razonamos de la siguiente manera: (1) El santuario es la tierra, o la tierra de Palestina. (2) La purificación del santuario es la quema de la tierra, o la purificación de Palestina, en la venida de Cristo. (3) Y por lo tanto, nuestro gran Sumo Sacerdote dejará el tabernáculo de Dios en el Cielo, y descenderá en fuego llameante el décimo día del séptimo mes, en el otoño de 1844.

No hace falta decir que nos sentimos dolorosamente decepcionados. Y, aunque no vive el hombre que pueda derribar el argumento cronológico que termina los 2300 días en ese tiempo, o refutar la evidencia con la que está

fortificado y sostenido; sin embargo, multitudes, sin detenerse a inquirir si nuestras concepciones del santuario y de su purificación eran correctas, han negado abiertamente la agencia de Jehová en el movimiento adventista, y lo han declarado obra del hombre.